

pregnada de coraje—¿habéis visto al hombre que acaba de salir? pues bien: es Polignac haciendo el papel de Mirabeau, adorando lo que él ha quemado y quemando lo que él ha adorado; es el Sicambro de los irreconciliables, de la intransigencia.

—¿El Sicambro de los irreconciliables?—dijo uno de los comensales.—Esa frase no debe ser tuya, Dalerac.

—¡Ah!—insinuó Gontran de Vergennes.—¿Es que Miguel Berthier está amenazado de una caída ministerial?

—¿Por qué?—dijo Dalerac.

—¡Porque vos le atacáis!

XIII.

El Conde Francisco de Morangis había visto con una especie de desencanto y disgusto la conversión y el advenimiento de Miguel Berthier al poder: era hombre de honor que no admitía capitulaciones y rechazaba tales compromisos; pero con la facilidad casi cándida que tenía para creer en el bien, se preguntaba si Miguel había obedecido á una convicción íntima, por creer que sirviendo al Imperio era más útil á la libertad.

—Sí, porque tiene aspecto de hombre convencido—decía el Conde al doctor Loreau.

Y como las *frases* del *boulevard* y de la sala de los Pasos Perdidos no llegaban al retiro de su hotel, ignoraba en absoluto los comentarios públicos sobre la conducta política de Berthier.

Recordaba, es cierto, el eterno aforismo de Mr. de Sartines: *¡Buscad la mujer!* pero sonreía con incredulidad cuando llegó á sospechar que la *mujer* era Francina de Rives.

Tenía razón el doctor Loreau cuando llamaba al autor de la *Vida de convento en la Edad Media* un *ciego admirable*, porque hasta el día en que Paulina había reconcentrado en ella todo el amor de su padre, éste sólo miraba á lo alto, al cielo.

—Vuelve á leer á La Fontaine—le decía Edmundo Loreau—porque él ha descrito un astrónomo que se te parece.

—¡No es cierto!—contestaba el Conde.—El astrónomo de La Fontaine tropieza y cae porque mira á las estrellas creadas: yo miro al Creador.

—Resultado: dos caídas.

—¡Incrédulo! ¡tienes garras en los pies!

—Y tú, pobre Francisco, tienes alas en la espalda.

Y querellándose de esta suerte, sonriendo siem-

pre, el Conde participó al doctor sus vacilaciones, el cambio que la defección de Miguel Berthier podía introducir en sus proyectos.

—¿Qué cambio?—dijo Loreau.—Tu hija no se ocupa en la política, y parece que ama á ese caballero; luego estás en el caso de averiguar lo que te parece más temible: ó él, Miguel Berthier, ó el claustro. El dilema no cambia, siempre es el mismo, y lo importante es salvar á Paulina, conservarla, impedir que muera para tí....

—¡El claustro, el claustro!—exclamó el Conde de Morangis con acento de terror.—¡Ah! ¡nunca, nunca!

Y llamó para preguntar si la señorita estaba en sus habitaciones.

Paulina había salido para llevar á Clotilde Ballue dinero, medicinas y ropas.

Y era verdad que Miguel Berthier se había declarado al Conde, haciéndole entender que si su petición tuviese la suerte de ser bien recibida, él solicitaría con júbilo la mano de una señorita tan digna y virtuosa como Paulina de Morangis; respondiéndole el Conde francamente que ante todo era preciso consultar á su hija, y después él mismo se encargaría de decir á Miguel Berthier si el proyecto de matrimonio era viable.

Cuando Paulina regresó al hotel, su rostro aparecía más sonrosado, su mirada más viva, su sonrisa era sonrisa de felicidad.

—¿Estás alegre?—le dijo su padre—¡pues vienes de ejecutar alguna acción buena!

—Vengo de consolar á una desgraciada. ¡Es demasiado triste que haya en el mundo tantas miserias! Por eso debo agradecer á Miguel Berthier que me haya dado las señas del domicilio de Clotilde Ballue, porque sólo á él debo la satisfacción de haber llevado á esa desgraciada joven un poco de alegría.

El padre creyó oportuno hablar entonces á su hija de aquella especie de tratado que ambos habían hecho en tiempo ya lejano....

—¿Y qué?—le respondió Paulina.—Tengo un mes para reflexionar.

Pero el Conde de Morangis, persuadido de que podía decirlo todo sin temor, pronunció el nombre de Miguel Berthier, elogió vivamente al diputado, atrevióse á manifestar á su hija los sentimientos de adhesión, respeto y amor que aquél le había expresado.

Paulina, ruborizándose, respondió que Berthier era hombre de talento y, según suponía, sin duda hombre de corazón; mas el Conde encontró resis-

tencia inesperada cuando, atreviéndose á dar un paso más, quiso obtener de Paulina autorización para responder categóricamente á la solicitud formulada por Berthier.

Paulina se estremeció; tuvo miedo de renunciar demasiado pronto á sus ensueños de anonadamiento cristiano, de romper para siempre á lo que había sido su consuelo y su deleite.

Y con voz firme, pero con sonrisa en los labios, repitió:

—Padre mío, dentro de un mes responderé.

—¡Un mes! es plazo largo.

—No—replicó la joven, besándole con ternura en ambas mejillas;—es bien corto.

La Baronesa de Rives, que fué á visitar al Conde de Morangis, no pudo menos de felicitarle por la alegría que observó en su rostro, y dijo con tono que parecía indiferente al fin de su visita:

—Vamos, primo, ¿será oportuno felicitaros por la alegría que revela vuestro semblante?

El Conde contestó dando á entender sencillamente á su prima que Paulina parecía mostrarse animada para emprender la vida ordinaria que tanto él ambicionaba.

—¡Ah! ¡pues ese mismo era mi pensamiento!—dijo la Baronesa con un ligero fruncimiento de cejas

que el Conde de Morangis no logró sorprender.

Y añadió luego:

—¡Querida Paulina! ¿Pero está visible?

—Sí—contestó el Conde.

—¡Bah! Pues entonces voy á darle los buenos días.

Y Francina presentó al Conde su diminuta mano enguantada, y pasó á la habitación particular de la señorita de Morangis.

La Baronesa estaba interesada vivamente en conocer todo lo que había ocurrido.

Sin embargo, adivinaba con exactitud, con intuición perfecta, el sentimiento que hacía palpar al corazón de Paulina, y experimentaba secreto despecho.

¡Cómo! ¿Acaso Miguel Berthier, aquel Berthier que ella subyugaba, había conseguido hacerse amar de una niña adorable que no había amado á nadie hasta entonces?

¡Imposible! ¡Oh! ¡Y si así fuera!.....

Entró en el cuarto de Paulina, quien estaba ocupada en aquel momento en dar terroncitos de azúcar á varios guacamayos, cotorras y pájaros de la India que la joven guardaba en amplia jaula.

Besóla en la frente y la conversación principió.

La alegría del padre era menos viva en presen-

cia de su hija, y Francina de Rives, que lo conoció al punto, supo fingir hábilmente que no lo había observado.

Habló en primer lugar de cosas y de gentes que á ninguna de las tres personas interesaban; anunció que la señorita Nadeja Bourtibourg se casaba con un alto personaje de la comitiva del Emperador, lo que había causado la desolación del pobre Luis Dalerac, muchacho amable á quien Paulina debía conocer; insinuó luego algunas frases y apreciaciones sobre asuntos políticos, y ensalzó entonces á Miguel Berthier.....

Pero le ensalzó de tal manera, que el corazón de Paulina estaba como apretado en un estuche mientras ella hablaba.

La Baronesa, con doble perfidia de diplomática maliciosa y de mujer habilísima, hizo el elogio de Miguel Berthier, de aquel hombre de Estado que había sido entonces el único que tenía bastante valor para abandonar á sus antiguos correligionarios políticos y desafiar la impopularidad para llegar al triunfo de las ideas que él consideraba como justas.

Admiraba á aquel político que no tenía inconveniente en firmar órdenes de arresto contra un Pedro Menard, el antiguo amigo y compañero de su padre.

Pero ¡ah! él no había tenido la necesaria firmeza de voluntad para ponerlas en ejecución, porque al mismo tiempo que las firmaba hacía saber, por medio de su secretario particular, al estoico Pedro Menard, que debía huir, huir lejos de París, para no ser arrestado por la policía en virtud de orden expresa de Miguel Berthier, el hijo del proscrito Vicente Berthier.....

¿Qué importaba esa doblez? ¡Paciencia!

Y luego le declaraba digno del reconocimiento íntimo, de la eterna gratitud del país, por su oratoria fogosa é imponente; sí, Miguel Berthier era un orador, un orador poderoso y un hábil político, que conociendo impracticables sus ideas primitivas, había renegado de ellas noble y valerosamente, y proclamaba en público la teoría de la ligereza de los recuerdos.

Y concluyó con estas frases:

—¿Queréis que os diga la verdad? pues creo firmemente que Miguel Berthier es el único hombre de Estado que hay en el Ministerio, y tal vez en Francia.

Pero cuando la Baronesa se despidió, y besó en la frente á Paulina, ésta experimentó una sensación desconocida: aquel beso era frío como la piel de una culebra.

¿Pero qué significaban los elogios de aquella mujer, en los que había sarcasmo, crueldad, desprecio, ironía? ¿Y cómo se atrevía ella á despreciar al hombre que amaba Paulina de Morangis? Miguel Berthier había sido el jefe de la izquierda, un republicano irreconciliable, y ahora, renegando de su fe política, era el hombre más influyente del Ministerio.

Paulina sabía que el que abandona su fe es un renegado, y que el renegado es un cobarde. ¡Un renegado Miguel Berthier! ¿Era eso posible?

La cabeza de la desgraciada niña se extraviaba; surgía ante ella el fantasma de la duda más espantoso que otras veces.

—¡Dios mío!—exclamó;—¿no se hablaría así de un traidor á la patria?

¡Si el doctor Loreau estuviese allí, ya se hubiese dicho todo! ¡Era su palabra tan poderosa, tan clara, tan persuasiva!

—¡Qué sola estoy!—añadió llorando.

Y corrió á un reclinatorio, arrodillóse ante un tríptico de Filippo Lippi que había llevado de Florencia en uno de sus viajes á Italia, y oró.

El Conde de Morangis, que salió pocos momentos antes con la Baronesa, entró luego en el *boudoir* de Paulina y vió á ésta en el oratorio, con las ma-

nos cruzadas y la frente apoyada en la cabecera del reclinatorio: miróla con sobresalto, porque algunas palpitaciones nerviosas sacudían los hombros de la doncella, y hacían pasar á lo largo de su cuerpo los estremecimientos dolorosos del llanto.

Paulina oraba y lloraba.

—¡Oh, Dios mío!—pensó el Conde de Morangis, adivinando en aquel dolor profundo algo tremendo.—Francina la ha hablado..... ¿Qué le ha dicho esa mujer?

XIV.

Aquella misma noche el doctor Loreau, cuando volvió al hotel de Morangis, estaba pálido, conmovido, con visible mal humor, y como Paulina estuviese en la sala, rogóla dulcemente que le dejase solo con el Conde algunos instantes.

—Pero no ocurre nada—dijo sonriendo.—¡Un asunto particular!

Paulina se retiró con la certeza de que aquel asunto se refería á Miguel Berthier.

—¿Qué pasa?—preguntó el Conde á su amigo.

—Una cosa muy triste..... Escucha, que voy derecho al objeto, como si operase con el bisturí:

habíamos creído que Berthier era un hombre hábil, y es....

—¿Miguel?

—Sí, Miguel; Miguel Berthier es un miserable. El Conde miró aterrado á su amigo.

—Sí, ¡desgraciadamente sí!—continuó el doctor.—Escucha: estoy asistiendo á una pobre muchacha que se muere, y fué su antigua querida; cualquiera tiene queridas, pero nadie se conduce con ellas como se ha conducido Berthier con la suya: moral y físicamente la ha matado.

—¿Qué dices?

—¡Pardiez! No la ha estrangulado con sus manos, ni la enferma desgraciada me ha hecho uno de esos relatos siempre vanales que oímos á la cabecera de los enfermos en los hospitales, y que suelen ser la eterna historia vulgar de las mujeres caídas..... No, nada me ha dicho; pero yo lo he adivinado todo: era una doncella honrada cuando le amó, una virgen; y luego fué madre..... y él ni siquiera ha visto á su hijo, que ha muerto.

—¡Eso es horrible!

—Pues oye: ella se ha envenenado con láudano, como una modistilla que anhela salir de este mundo, y está agonizando como una mártir que rescata su vida pasada: muere de dolor, y ¡cosa extraña!

muere de amor por el hombre á quien aborrece.

—¿Y cómo sabes que ese hombre es *él*?—preguntó el Conde de Morangis.

—¡Ella no había pronunciado jamás ese nombre!..... Pero en un momento de mortal angustia me rogó que hiciese llegar á la persona que ella me indicaría, estas palabras: «Una mujer que se muere os llama.....» Y jurándola yo que lo haría, me reveló el nombre del miserable: *Miguel Berthier*. ¡No había que dudar!

—¡Oh! ¡Miguel Berthier!

—Corrí á su casa.....

—¿Tú?

—Yo, que se lo dije todo, todo. ¿Crees que experimentó algún movimiento de piedad por la desgraciada? ¡Ninguno, ninguno! Sólo sintió cólera porque ella había cometido la *indiscreción* de nombrarle..... ¡Ah, qué asco! Tengo dolor de cabeza y hasta náuseas, y estoy desolado y febril. Ahora, y esta es la cuestión, ¿qué va á ser de Paulina?

—¡Dios mío!

Y entre aquellos dos hombres se estableció un silencio lúgubre, y ambos quedaban frente á frente á los lados de la lámpara, agobiados por sus propios pensamientos, cuando entró en el gabinete

Paulina de Morangis, acercóse al doctor Loreau y le dijo con voz vibrante:

—Amigo mío, una pregunta, una sola, y prometedme responder francamente.

—Os lo prometo—dijo Loreau.

El Conde miraba á su hija, adivinando que en aquel instante se decidiría una existencia.

—¿Conocéis á Miguel Berthier, no es verdad?—dijo Paulina á Loreau.

—Sí, le conozco—respondió el doctor, que también adivinaba.

—Pues mi pregunta es ésta: ¿podéis jurarme que Miguel Berthier es no sólo un hombre honrado, sino *el hombre honrado* en el sentido absoluto de la frase?

El doctor se puso pálido y miró al Conde, que le dirigía una mirada suplicante, como pidiéndole una mentira, á él, que jamás había mentido.

Loreau se pasó la mano por la frente, y debió sufrir, durante un minuto, la tremenda vacilación del hombre que va á dictar una sentencia de muerte.

Mas en seguida, como un juez, respondió fríamente:

—Paulina, yo no puedo jurar eso.

—¡Ah!—gritó la niña con dolorido acento.—
¡Lo sabía! ¡Ella no me ha engañado!

—¡Miserable Francina!—murmuró el Conde de Morangis.

—Paulina—añadió el doctor Loreau,—el amor es sagrado; por el amor puede recobrar un hombre la plenitud de las virtudes.

—Paulina—exclamó el Conde,—hija mía, hija querida, él te ama, él te obedecerá, él te hará dichosa.

—¡Adiós, ensueño de amor!—contestó Paulina.—El hombre de mi amor no debe tener una mancha, ni una debilidad.

Y se alejaba tristemente.

—¿A dónde vais, hija?

—A orar..... y á llorar.

El Conde la besó en la frente.

—¿Y qué?—dijo Loreau con voz estridente.—
¿Qué son las lágrimas? Un poco de agua, un poco de sosa, un poco de fosfato de cal..... ¡Oh! la química, vista de cerca, es el gran consuelo de la humanidad.

Y sonreía con sonrisa nerviosa, sin consuelo y sin esperanza.

XV.

Miguel Berthier encontróse bien pronto con el Conde de Morangis en casa de Francina, y á las primeras palabras que le dirigió, contestadas de un modo evasivo, comprendió que el matrimonio había fracasado.

Cuando quedó solo con Francina, ésta se complacía con placer villano en hacer fulgurar ante los ojos del ambicioso los cinco millones de la señorita de Morangis, aquellos cinco millones que jamás alcanzaría Berthier.

—¡Mi pobre Miguel!—murmuraba;—¡qué desolada estoy por lo que os sucede! ¡qué dote y qué novia tan exquisita! ¡Es una lástima! Y lo más gracioso es que mi primo os habría dado su hija si vos no hubieseis aceptado el servicio al Imperio, y si no hubieseis abandonado á esa pobre Lía como cien mil estudiantes abandonan diariamente á cien mil grisetas.... ¿Qué tiene de particular que el camino más sencillo sea el más corto y el mejor?

Miguel hubiera querido contestar á aquella mujer con palabras defuror, de rabia.

Ella prosiguió:

—Pero yo creo que no se ha perdido todo; se trata sencillamente de que volváis á ver á Paulina, de hablarla.... ¿No la habéis precedido ya alguna vez en casa de Clotilde Ballue, á quien lleváis socorros para agradar á la señorita de Morangis? ¿Pues quién os impide encontraros con Paulina en la boardilla de la enferma?

Miguel miraba asombrado á la Baronesa.

—Y decid todavía, ingrato—añadió Francina con su famosa sonrisa,—que soy celosa y que no soy ya vuestra amiga, vuestra colaboradora!

Miguel salió de allí con la cabeza hecha un volcán, y en la escalera tropezó con un hombre que subía: era Dalerac.

—Mi querido ministro—dijo aquel hombre,—¡qué linda frase haría en este momento, si yo fuese malicioso!

—¿Cuál, cuál?

—Ésta: que yo subo y vos bajáis.

—Os engañáis, amigo—contestó Berthier, que comprendió la alusión de Dalerac;—yo no bajo, sino que me retiro.

Dirigióse hácia la calle Hauteville, á la casa que formaba ángulo con la calle de las Petites-Ecuries, y en la cual había dos establecimientos: una taberna y un despacho de carnes.

Y á los dueños de ambos y á la portera de la casa preguntóles á qué hora solía ir á visitar á Clotilde Ballue, que en aquella casa moraba, una señorita cuyas señas dió con exactitud.

Paulina de Morangis iba allí todas las mañanas, hacía ya ocho días, á llevar socorros y consuelos á la pobre enferma.

Berthier miró su reloj, que marcaba ya la hora de la sesión en la Cámara, y retiróse de aquel sitio, encargando á la portera que á nadie diese cuenta de su visita para adquirir informes, y prometiendo volver en el siguiente día.

¡Habíase fingido médico!

Era necesario apresurarse á llegar bruscamente al desenlace, para arrojarse á los pies de Paulina y obtener su consentimiento en una unión tan anhelada, que le aseguraría el porvenir.

¡Ah! Era que el terreno parlamentario se movía, en efecto, bajo sus pies; todos los que defendían la libertad le aborrecían ahora y le combatían sin tregua, y desde que circularon rumores de que el soberano mostraba pocas esperanzas en el nuevo ministro, los cortesanos que se doblaban ante la voluntad del amo también se mostraron notablemente fríos con Berthier.

Un pérfido folleto, que tuvo grandísimo éxito,

enumeraba las faltas cometidas por *Su Excelencia* Miguel Berthier, y las pesquisas de la policía, ordenadas por el ministro, dieron por resultado el descubrimiento de que el autor de tal libelo era Luis Dalerac.

—¡Hay aduladores—dijo Berthier cuando lo supo—cuya lengua desgarrá como la de los gatos!

Diríase que el talento—escribía uno de los adversarios de Berthier—tiene por tribunal á las convicciones. ¡Sin esta base firmísima todo se desploma!

—Si *Su Excelencia*—decía algunas veces monsieur Bourtibourg, que había adulado anteriormente á Miguel Berthier y luego le censuraba cruelmente,—asistiríamos al espectáculo que nos da la mujer de otro ministro, Su Excelencia Marniac..... Porque cuando Marniac hace un *fiasco* en la tribuna, su mujer se viste de negro de la cabeza á los pies. ¡Luto rigoroso!..... Si el discurso ha obtenido mediano éxito, la mujer del ministro hace sus visitas con *toilettes* de color violeta ó gris. ¡Luto de alivio!..... Si tiene gran éxito, la tornadiza señora se pone trajes azules, color de rosa, floreados con ramitos..... ¡y hay unas telas tan hermosas con esos matices!

—¡Oh, oh!—interrumpía Gastón Malurel (de Rouen)—dejad en paz á las telas, que todavía se os va á considerar como tapicero.

—¡Bah! Si Mr. Bourtibourg no es uno de nuestros mejores tapiceros, confesámoslo paladinamente—añadía riéndose Mr. de Courbonne—es seguramente uno de nuestros más lindos *lâcheurs* (veletas).

—¿Un *lâcheur*? Pues no comprendo esa palabra.

—Quiere decir, caro colega, que sois de aquellos que despues de haber roto el incensario en la nariz de las gentes que están en el poder, acabáis por romperles la nariz con los pedazos del incensario roto. ¡Ah! ¡No quiero que eso sea un crimen! ¡Se hace tantas veces!

—Tanto peor para los que tienen nariz muy larga—contestó el diputado Malurel.

.....
Berthier miró su reloj; era la hora de sesión, y se dirigió en un carruaje al Cuerpo Legislativo.

Allí le esperaban las coaliciones, porque se había anunciado una interpelación gravísima con motivo de haberse declarado en huelga los mineros de Saint-Germain, seducidos é impulsados, se decía, por Pedro Menard.

—¡ Menard fomentando una huelga!—murmuraba Miguel.— ¡ Es imposible!

Había allí para Miguel una nube que se agrandaba, un peligro que crecía, un *punto negro*, y circulaba el rumor de que el mismo prefecto de policía suministró informes exactos á los autores y firmantes de la interpelación anunciada, en vista de la actitud vacilante del Ministro.

La sala de sesiones estaba *au grand complet*; y la biblioteca, el salón de Conferencias, la sala de los Pasos Perdidos, el salon de la Paz, los pasillos, los alrededores del Palacio aparecían llenos de gente de todas las clases sociales; los periodistas tomaban notas, los diputados hablaban, en el ambiente resonaban sin cesar las palabras, pronunciadas por mil bocas, de *Miguel Berthier, interpelación, mayoría, crisis.....*

Cuando se abrió la sesión, duró largo rato el murmullo de la inmensa concurrencia, y luego reinó el mayor silencio.

La Baronesa de Rives estaba en una tribuna, y á su lado se veía á Luis Dalerac; en otra tribuna cercana había un joven elegante que miraba á la Asamblea con aire burlón, atusándose con la mano izquierda su larga barba rubia; decíase que era un alto personaje alemán, soldado y diplomático,

que se había distinguido mucho en la batalla de Kœnisgrætz; observaba fríamente al ministro de la Guerra, escuchaba, estudiaba con ironía.

El presidente concedió la palabra á uno de los autores de la interpelación, hombre audaz, firme, violento, que expuso las quejas de las oposiciones contra Berthier con brutalidad poco parlamentaria, pero cuya franqueza debía desconcertar al ministro tan rudamente atacado, concluyendo con estas palabras: «¡Incapacidad, vanidad, inmoralidad! ¿Cómo el soberano ha de esperar apoyo de quien funda su poder en la apostasía?»

Miguel estaba pálido y nervioso; las derechas estallaron en aplausos y bravos; la izquierda aparecía impasible y severa; en los centros apenas quedaban unos cincuenta diputados fieles al ministro.

Miguel se levantó á contestar en el acto, violentamente conmovido: miró con altivez y cólera á los semblantes severos ó burlones que fijaban en él sus miradas, y á las tribunas llenas de gente, á los diputados y al pueblo, y pronunció un discurso admirable, magnífico, ponderando la alianza de un Gobierno fuerte con la libertad para la salvación de la patria.

Pero interrupciones sangrientas subían como una ola de aquella Asamblea irritada.

— ¿Dónde está el espectro de Diciembre?

— ¡A la cuestión! ¿Sois aliado de Pedro Menard?

— ¡Acordaos de Vicente Berthier!

— ¡Habéis dado orden de arrestar al amigo de vuestro padre!

Miguel creyó que esta última interrupción, lanzada desde la izquierda de la Cámara, le daría ocasión de un triunfo, y habló entonces de Vicente Berthier, de su abnegación por la causa de la libertad, «¡abnegación heroica — dijo — pero inútil!»

— ¡Cómico! — gritó una voz amarga y estridente. Miguel se irguió con aquella injuria, y juzgando que valía más anonadar á la vez el insulto y al que insultaba, exclamó con voz de trueno, echando hácia atrás su rubia cabellera:

— ¡Qué se levante el que quiera desafiarme!

Y otra voz gutural, juvenil, de sonoridad poderosa, le arrojó esta segunda palabra del Papa á su carcelero:

— ¡Trágico!

Los aplausos estallaron como un trueno.

Miguel Berthier estaba perdido.

— ¡Me parece ver á Robespierre en el 9 Thermidor! — decía Dalerac á la Baronesa.

—Sí, un Maximiliano..... menos la virtud — contestóle Francina.

El alto personaje alemán, siempre atusándose la barba, inclinábase hácia un hombre serio, correcto, que parecía un oficial y estaba en pié detrás de él.

La interpelación fué votada y obtuvo una mayoría de 97 votos.

Miguel salió de la Cámara, no aterrado, sino furioso: vió la sonrisa pérfida de Francina y creyó escuchar esta frase de Dalerac:

—¡Difunto Mirabeau!

—¡La coz del asno!—se dijo Miguel.

*
* * *

Cuando entró en su gabinete de despacho, vió encima de la mesa una carta de rara forma, escrito el sobre con tinta blanquecina y original ortografía, de este modo: *Al señó Ministro Miguel Betiú.*

Abrióla, y el nombre de Lía le impresionó vivamente.

La carta decía así:

«Señó: Esta es para decille que la probe señorita Lía Hermann se muere, y ella quiere veros antes. No la hagais esperar, y tendrá la probe una buena

hora. Os saluda con el mayo respeito, Viuda Delatre.»

—¡Lía!—exclamó Berthier con feroz egoísmo— ¡Lía! ¡Es mi juventud que muere el mismo día en que mueren también mi ambición y mis sueños!

Y arrojó á un lado la carta de la buena mujer Delatre, para escribir su dimisión y enviarla á las Tullerías.

Uno de sus secretarios entró en aquel momento y le presentó un despacho de Saint-Germain.

Berthier adivinó algo trágico: abrió el despacho y leyó:

«Piedras lanzadas contra la tropa. Marsellesa cantada. Estandarte negro enarbolado. Ha sido necesario cargar. Insurrección dominada. Tres soldados heridos. Entre los huelguistas muertos, que son ocho, está Pedro Menard. Éste había ventdo para fomentar la huelga. Ocupo militarmente cuenca hullera.—V. DE LOIGNY.»

Al leer el nombre de Pedro Menard, sintió Berthier el corazón oprimido. ¡Menard muerto por orden suya! ¡El amigo de Vicente Berthier cayendo en una revuelta cuando era ministro el hijo del mismo Vicente Berthier!

—¡Si yo hubiese enviado ayer esta dimisión—murmuraba,—no tendría remordimientos para toda mi vida!

Y veía pasar ante él la imagen ensangrentada de Menard, el rostro cadavérico de Lía y el angelical semblante de Paulina de Morangis.....

¡El amor de esta mujer sería su revancha!

—Vamos—exclamó con rabia.—¡Es una partida perdida! ¡Á la otra!

XVI.

El doctor Loreau había calumniado á Miguel Berthier; éste, el amante de Lía, fué hasta la cacería del lecho de la moribunda.

Lía le llamaba, sabiendo que estaba cercano su fin, ¡el fin de todo!

—¡Dormiré, dormiré eternamente!—exclamaba la infeliz, como si fuese el sueño eterno su dicha, su consuelo.

Entonces, en aquella hora suprema, era israelita de corazón; oraba y se apretaba los dedos con un cordón de cuero, y tenía á su lado el vestido que, como todas las judías alsacianas, debía llevar á la sinagoga en el día de su casamiento y en el de su entierro.

—¡Nunca hubiera estado más bella—decíase tristemente sonriendo—que con este traje! Pero decid, señora Delatre—añadió en voz alta,—¿me reconocerá con ese vestido mi pequeño Daniel?

Y oraba con más fervor, y llamaba á los querubines y serafines, y recordaba sus días de felicidad, los días de luz y aire purísimo, los sauces que se doblaban sobre la corriente de los ríos, las golondrinas que tocaban el agua con sus alas, los cánticos de avecillas lejanas, olvidados hacía mucho tiempo.

Luego pensaba en su muerte próxima, en sus funerales, y regocijábese de pensar que tenía bastante dinero para que la compraran un sepulcro perpetuo.

—Sí—decía,—porque una tumba de dos metros cuadrados, á perpetuidad, cuesta quinientos francos..... ¡No es cara para dormir siempre!

Todos los días preguntaba al doctor Loreau si pensaba en que iría á verla Miguel.

—Cierto, querida niña—respondía el médico.

Y al día siguiente añadía la enferma:

—¡Un día menos de vida, doctor!..... ¡Y él no viene!.....

—¡Paciencia! Ya vendrá.

Sintiéndose morir, dijo: